



EL OTRO LADO DE LA LUNA

JM RIDRUEJO

EL OTRO LADO DE LA LUNA



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© JM Ridruejo

ISBN: 978-84-19748-32-4

ISBN digital: 978-84-19748-33-1

Depósito legal: M-10780-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Olivia, por ser mi inspiración,
el punto de partida.*

Hay noches en que los lobos están en silencio
y solo aúlla la luna.

GEORGE CARLIN

Prólogo

Septiembre de 2017

Con la mano derecha, y la agilidad que me otorgaba la juventud, respondía la montonera de mensajes acumulados en el móvil desde la noche anterior. Al tiempo, con la izquierda sujetaba por el borde, con dos dedos para no quemarme, un vaso de cartón que pandeaba bordeando derramar el aromático pero desagradable café de máquina. Un solo trago a la repulsiva infusión fue suficiente para que las perezosas legañas, que se negaban a despegarse de mis pestañas, huyesen horrorizadas por el chute de caféina y azúcar en proporciones semejantes. Apoyada con el hombro sobre el pilar que sujetaba con firmeza el arco de entrada al antiquísimo edificio, hoy reformado en comisaría, aguardaba el comienzo del turno entre las sonrisas estimuladas por las múltiples ocurrencias de mi familia y amigos. Distráida, inmersa en un mundo que me disociaba de la realidad que me rodeaba. Saboreaba las consecuencias del afable *veronño*, que concedía a la ciudad unas seductoras temperaturas aparcando en el olvido, el atroz verano sufrido. A mi alrededor..., la vida en incesante movimiento..., los compañeros entraban y salían, los viandantes vociferaban, incluso alguna golondrina canturreaba risueña bajo la cornisa. Me encontraba lejos del ahora y del allí.

—¡Enhorabuena! —percibí vociferar sin una procedencia determinada.

Lo oí, pero mi cerebro no lo procesó, no alcanzó a escucharlo. Impasible, continué con la mirada perdida en la pantalla, navegando entre los millones de píxeles que taladraban mis pupilas, mientras mis expeditivos dedos viajaban de un lado a otro con una facilidad pasmosa. Un nuevo trago y, de imprevisto, una mano desconocida y veloz se interpuso entre mi visión y el dispositivo. La concentración en la que me hallaba sumida saltó por los aires acelerando inesperadamente mi ritmo cardíaco. Espantada activé la posición, despegué el cuerpo de la pared y levanté la vista encontrando el rostro de mi compañero Víctor Somonte, radiante, aguantando una risotada que se resbalaba de entre sus labios.

—¡Enhorabuena, Airenuevo!

—¡Muchas gracias, subinspector! —correspondí al tiempo que no fundíamos en un sonoro abrazo, con la delicadeza necesaria para no derramar el vaso.

—¿Qué sientes en tu primer día perteneciendo al Cuerpo Nacional de Policía?

—Lo mismo que ayer, en el último como alumna de la comisaría —respondí rompiendo en una carcajada que le contagié.

—Voy dentro, nos vemos en unos minutos.

—Acabo el café y entro. Creo que la jefa nos espera.

Una vez en falsa soledad, di un último sorbo y lancé con tino a la papelera el gurreño que había creado con el acartonado vaso. Me separan varios metros, pero esa mañana... cada acción era un acierto que hacía brillar una sonrisa de forma permanente en mi rostro. De nuevo tomé el teléfono, lo desbloqueé con solo mirarlo, cuando un vehículo que se detuvo en los aparcamientos llamó poderosamente mi atención. Se abrió la puerta del conductor y, una esbelta pierna desnuda, apoyada sobre un largo tacón, asomó del interior. ¿De qué me suena...? Nada más descender la reconocí, habían pasado unos meses, pero era imposible de olvidar.

Emergió, se puso en pie y comenzó a caminar con paso firme y un asombroso rítmico movimiento de cadera. El despampanante vestido negro que lucía adherido como una segunda piel, marcaba

su elegante figura resaltando sus vertiginosas curvas, zigzagueantes en cada paso. Su largo pelo negro ondeaba al vuelo de la escasa brisa que se movía en la mañana. Sus grandes ojos verdes eran fortalecidos por los rayos del sol. Su piel lucía perfectamente bronceada tras el paso de la estación estival. Su aire de ejecutiva. Su elegancia natural. Ella en sí conformaba un cuadro en movimiento, una estampa que vi aproximarse.

—Buenos días, Nieves, ¿verdad?

—Buenos días, efectivamente. ¿A qué debemos su visita?

—Unos trámites con el pasaporte.

—Vaya coincidencia... Segunda planta a mano derecha —manifesté con cierto desagrado, señalando con el brazo en dirección a los ascensores.

—Muchas gracias.

La perseguí con la mirada observando cómo se encaminaba hacia el interior con una carpeta de cuero negro bajo el brazo, mostrando un desprecio inherente en su forma de ser. Algo despertó mi curiosidad, había algo que llamaba poderosamente mi interés.

—Disculpe, una pregunta.

—¿Dígame? —inquirió girando su cuerpo con la distinción que le caracterizaba.

—Ese coche... ¿es nuevo?

—No, lo compramos hace años, ¿por qué lo pregunta?

—No se encontraba en el garaje en las múltiples comprobaciones que llevamos a cabo durante la investigación.

—¿Segura? La verdad es que... lo desconozco, no puedo controlar cada uno de los vehículos que tenemos. Esa es una tarea de Didier —me respondió inmutable, inalterable, sin mostrar el más mínimo gesto que denotase vacilación, virando de nuevo para retomar el paso hacia el interior.

Vacilé, pero finalmente guardé el móvil en el bolsillo, miré hacia la sala observando en la distancia a la inspectora, acomodada en su momento de lectura. Sin pensarlo, me planté frente a ella y escupí las dudas que acababan de surgir en mi inexperta mente.

—¡Jefa! No imaginarás con quién he coincidido.

—Pasamar, ¿nunca te he dicho que la unión café-periódico conforman un instante de relajación sagrado para mí?

—Sí, pero podría ser importante.

—A ver... —suspiró incorporándose en la silla de oficina, al tiempo que cerró el diario con cierta desganada para aparentar interés.

—En estos momentos está subiendo las escaleras de la comisaría Lúa Álvarez y llegando conduciendo un vehículo que jamás hemos analizado.

—La cuenta corriente de esa mujer tiene tantos ceros como tú y yo jamás sabremos contar, por lo que cambiará de coche con la facilidad que nosotros lo hacemos de chaqueta.

—Eso mismo pensé. Por ese motivo, le acabo de preguntar y creo que, sin darse cuenta, se le ha escapado una afirmación que podría virar la investigación. ¡Es de su colección desde hace años! Podrían habernos engañado durante todo este tiempo, tenerlo oculto, borrar pruebas... Podrían haber transportado el cuerpo en el maletero de ese vehículo y habría pasado desapercibido para nosotros.

—¿Qué investigación? —me preguntó la jefa poniéndose en pie para extender los brazos y presentar con violencia, y a tan solo un par de dedos de mi nariz, una portada a todo color donde pude leer:

«El juez determina su culpabilidad por el asesinato del joven italiano de la zona norte».

Miércoles, 3 de mayo de 2017. Diez de la mañana

Acababa de abrir los ojos y ya se encontraba delante de un desayuno saludable pero abundante. Tostadas, café, cereales, zumo de naranjas recién exprimidas, galletas, una macedonia de frutas exóticas cortadas en perfectos dados... La comida se acumulaba delante de sus narices, aunque su preocupación por la estética no le dejaba pasar de un par de galletas integrales mojadas en un café, largo de leche desnatada y dos cápsulas de sacarina.

A pesar de conocer la respuesta, tomó el terminal de la encimera y telefoneó a su amiga.

—Buenos días, Ed. ¿Misma hora, mismo lugar? ¡Genial! A las cinco nos vemos. Si claro, en la estatua del amigo Juan, como siempre. Vale, hasta dentro de un rato.

Ambas acostumbraban a pasar la tarde juntas en el parque San Juan Bosco, próximo a su vivienda. A pesar de ello, se telefoneaban e intercambiaban las mismas preguntas y respuesta todas las mañanas. Crecieron juntas, son amigas incluso desde antes de poder recordarlo. Inseparables en la adolescencia, mantenían el contacto a pesar de cómo sus vidas se habían ido distanciando. Edna Quezada, mujer común, bajita y regordeta, de media melena rubia que solía llevar cogida en una coleta. Reside en el extrarradio, en el interior del cinturón sur de Madrid; barrio muy humilde, pisos de 60 metros. Gente trabajadora que tiene lo suficiente para poder

residir cerca de la ciudad, pero que no le alcanza para evitar la hora y media de transporte público obligatorio antes de llegar a su trabajo. Ella siempre ha tenido lo justo para pasar el mes, nació y creció en el seno de una familia sencilla, consiguió finalizar sus estudios en economía gracias al increíble esfuerzo de su padre, y a sus dos trabajos diarios que simultaneaba con la carrera. A pesar de la formación, jamás ejerció en su campo y se conformó con un trabajo que su progenitor le consiguió nada más licenciarse, con la ayuda del amigo del amigo de su amigo, como administrativa en la sucursal del banco Suroeste.

Las galletas se partieron para caer al fondo del café salpicando la encimera. Lúa Álvarez se había embobado navegando por las redes sociales con su móvil, mientras fantasea con imberbes jóvenes que mostraban sus esculturales cuerpos al pie de una piscina. Asidua a Facebook, Instagram, Twitter y cualquier plataforma que le otorgase la posibilidad de ensombrecer los votos matrimoniales que contrajo con Alejandro. Alejandro Álvarez, un importante hombre de negocios y, a la sazón, heredero de Álvarez Corporations, multinacional en la rama farmacéutica, considerada internacionalmente por disponer de varias patentes en cartera. Ella absorbió su apellido el mismo día que se casó, a la vez que comenzó a malgastar su inmensa fortuna. A pesar de su exitoso matrimonio, que habían bendecido con una preciosa niña de tres años, quien se había beneficiado del fuerte pelo negro, los grandes y brillantes ojos y la radiante sonrisa de su padre, ella coqueteaba constantemente con chicos, traspasando la delgada línea del flirteo con asiduidad. Le excitaba el morbo de lo prohibido, el riesgo de saber que perdería todo, si su marido conociera cómo juega, manipula y se acuesta con desconocidos a su espalda.

Sonó el timbre de la puerta exterior. A pesar de saber quién se escondía tras la chicharra, sobresaltada se levantó a toda prisa, a la vez que el resto de galleta se precipitaba en el interior de la taza. Se aproximó al enorme ventanal que presidía el espacio del salón—cocina donde se encontraba desayunando, haciendo despectivas indicaciones a la trabajadora para que recogiese la desastrosa enci-

mera. «Una y otra vez, todos los días igual», pensó agotada Fernanda, quien cada mañana debía preparar un generoso desayuno para que su jefa se encargase de diseminarlo por la cocina, sin apenas tocarlo y, finalmente, acabar recogiendo sus desperdicios.

Desde el ventanal, Lúa Álvarez observó como José se aproximaba a la puerta exterior de la vivienda para abrirla. Entonces apareció él, con el sol de fondo, chaqueta de cuero, pantalón vaquero, gafas de sol, casco en el codo y una mochila a la espalda. Óscar Torres, entrenador personal, mucho más joven que Lúa y de natural belleza mediterránea, llegó puntual a su cita. Atravesó el jardín con un caminar repleto de hombría, mientras ella lo observaba sintiendo emerger cierta excitación. Lo persiguió con la mirada deteniéndose en cada uno de sus pasos, hasta que lo perdió de vista al cruzar en dirección al gimnasio.

—Fernanda, dígame a Óscar que se vaya cambiando, en cinco minutos estoy con él.

—Por supuesto, señora, ahora mismo —obedeció marchándose de la cocina.

«¡Es la hora de jugar!», pensó alcanzando el vestidor. Eligió la ropa más provocativa que tenía en la sección deportiva, dentro de su gigante armario. Se maquilló sutilmente para terminar mirándose en el espejo de cuerpo entero que había a la salida de la habitación. Se vio radiante, despampanante, y es que Lúa tenía 32 años pero el cuerpo de una adolescente. Siempre fue una joven muy atractiva, que los años habían hecho envejecer como el bueno vino, hasta convertirla en una exuberante mujer. Por otro lado, poseía todo aquello que cualquier veinteañera pudiese desear: altura, una figura envidiable, una larga melena negra y dinero, una ingente cantidad de dinero..., imposible de rechazar.

—Buenos días, Óscar —saludó, sin ni siquiera mirarlo.

—*Buongiorno*, señora Álvarez —respondió el chico mantenido las distancias al sentir el trato lascivo y vejatorio de costumbre—, se nos hizo un poco tarde, ¿qué tal si empezamos directamente con el calentamiento?

«Llegas tarde, hace mucho que entré en calor», pensó Lúa sorprendiéndose de lo soez que había sonado aquella afirmación en su cabeza.

A las seis en punto atronó el móvil situado en la mesilla derecha de su cama, donde dormía sola desde hace algún tiempo. Lo dejó correr cinco minutos, aunque no tardó en ponerse en funcionamiento... ducha, desayuno y a por Adrián.

—Vamos, cariño, llegamos tarde. Arriba, arriba —insistió, una y otra vez, en tanto que Adrián no dejaba de dar vueltas, haciéndose el remolón en su pequeña cama protegida con barrotes metálicos.

Levantó la persiana de golpe, aún era de noche, pero la luz de las farolas molestó a Adrián quien pronunció un irreconocible sonido de rechazo.

—Venga, hijo, hay que desayunar y marcharse a la guardería.

Tras 15 minutos de una feroz disputa, la madre venció en la batalla, postergando la guerra para el día siguiente. A partir de aquí, comenzó una carrera de obstáculos donde la guardería componía la meta final. Desayuno, dibujos, cambio de ropa, organizar la mochila, peinar, zapatillas y antes de las siete, sin saber bien como, el pequeño Adrián se encontraba de la mano de su madre camino de clase.

A las nueve en punto, y después de la siesta de una hora en el transporte público, Edna Quezada debería estar entrando en el banco Suroeste, saludando a uno de los agentes de seguridad que le abrirían la puerta gustosamente. Siempre los saludaba con un sencillo «Hola», puesto que los cambiaban quincenalmente y resultaba imposible memorizar sus nombres. El encuentro no se producía desde que hace dos años perdió a su marido.

Trabajaba como asesor en el departamento de frío en una multinacional de bricolaje y decoración, con un llamativo logo verde esperanza. Una mañana de verano, después de una insoportable

noche de calor en la que resultaba imposible conciliar el sueño sin aire acondicionado, Andrés despertó a deshora, sin haber pegado ojo y aún con legañas y las zapatillas en la mano, salió volando hacia el Seat León. Tan solo hacía un mes que el climatizador del vehículo había dejado de proyectar frío, pero el calor de aquella madrugada resultaba soporífero. Circulaba tarde por la autovía cuando la mezcla de sueño, altas temperaturas y una carretera vacía, le dio confianza y decidió cerrar los ojos un instante. Instante que se convirtió en eternidad.

—¡Qué injusticia de vida! Mi pobre Andrés pasaba el día dando consejos sobre la mejor forma de instalar un equipo de aire... y se lo llevó su ausencia —repetía tras su entierro. Culpabilizaba a la escasez con la que malvivían de la falta de sueño de aquella noche y, por extensión, de que aquel parpadeo se alargase lo suficientemente como para perder de vista el desvío, el control del vehículo y la existencia.

Al verse sola, Edna Quezada decidió que su vida, y la de su pequeño, debía asemejarse más a la de su amiga Lúa Álvarez y menos a la que había llevado con su esposo hasta ese instante. Después de la muerte, se sentaba todas las mañanas con una bolsa de papel en la mano delante del espejo y, mirándose fijamente, comenzaba a insuflar aire en el interior. Conseguía ponerse roja, acelerar el corazón e incluso alcanzaba la inconsciencia por momentos. Realmente daba la sensación de que la vida se le escurría en cada soplo. Así, una vez concluyó la baja por defunción que el banco le había concedido y, tras varios días de ensayo, se marchó a trabajar. Antes de llegar al banco, al aguardo de la última esquina, comenzó a cumplir con el procedimiento que con ahínco había preparado. La bolsa se hinchaba y perdía aire a gran velocidad, hasta que el oxígeno comenzó a faltar en sus pulmones, sintiendo que un inmenso nubarrón cubría su visión. Dejó caer la bolsa al suelo, y comenzó a dar tumbos hacia la puerta del banco, para desvanecerse a tan solo un par de pasos.

—Buenos días, Edn... —inició el joven, quien había memorizado los nombres de todos los trabajadores—. Pero qué..., ¡seño-

ra! ¿Qué le ocurre? ¡Llaman a un médico! —gritó al mismo tiempo que alargaba la mano para cogerla y evitar el golpe contra el suelo. El chico tuvo que soltar la puerta cerrándose de un portazo que hizo sonar estruendosamente sus marcos metálicos al chocar.

Notó el frío de la camilla retornando a la consciencia. Por el sonido y el traqueteo debía encontrarse en una ambulancia; a pesar de ello, apretó con fuerza sus parpados alargando la simulada agonía.

—Ciento treinta pulsaciones y bajando —gritó un auxiliar a su compañero que se encontraba a tan solo un metro—. Parece que la crisis remite, aunque aún tiene la frente húmeda por el sudor.

«¡Plan maestro!», pensó en silencio, sintiéndose satisfecha por el trabajo bien hecho. La mezcla de anfetaminas y caféina, junto con el esprint para llegar a la esquina de la sucursal y la hiperventilación, habían provocado una situación que simulaba a la perfección un cuadro de ansiedad. A partir de ese instante, sus clases de teatro de la adolescencia fueron más que suficiente.

Con los ojos cerrados disfrutó del resto del viaje.

3 de mayo de 2017. 11:15 minutos de la mañana

Con tan solo 16 años llegó el día esperado, aquello por lo que había peleado durante toda su corta trayectoria. Se encontraba jugando a una vieja videoconsola de tan solo dos botones y una pixelada barra que hacía rebotar bolas a gran velocidad, en el salón del diminuto piso de sus padres. Apoltronado en el sofá, escuchaba impasible a su madre afanada en el guiso de una apetitosa pasta casera, que bañaba de un succulento aroma la estancia. Aguardaba placentero la hora del almuerzo, acumulando el descanso prescrito tras un agotador entreno post navideño. De pronto, taladró sus tímpanos el teléfono familiar, único método de comunicación del que disponían, pues los honorarios de su padre en la fábrica de automóviles escasamente alcanzaban para la compra de zapatillas y sus desplazamientos en autobús hasta la ciudad deportiva. El ruido a chicharra del terminal le desconcentró en la vital partida contra un bicho imaginario y, molesto y sin atender la llamada, salió al frío balcón del octavo. Desde su altura, entre las gotas que jarreaban con una virulencia pocas veces vista en Pioltello, podía divisar Satellite casi al completo y contemplar el trapicheo intrínseco del distrito de su amada Milán. Frente a sí, una plantación de marihuana, en una pequeña terraza de la que entraba y salía un quincuagenario gordo y grasiento, en sucia ropa interior, con una pequeña tijera de podar en la mano. En los mismos bajos de su bloque, el alba-

nés regalaba bolsitas de plástico a niños crecidos que compraban caramelos con una dedicatoria especial, la cual cambiaba semanalmente. Tomando el primer cruce a la derecha, delgados y raquíctas jóvenes del este vendían su cuerpo habiendo regalado previamente su alma a promesas incumplidas. En la distancia se observaba la vía del tren, bajo la cual toxicómanos introducían en sus venas un placer mal entendido aprovechando la intimidad que falsamente les otorgaba la oscuridad del paso a nivel, a la vez que, a tan solo unos metros, chavales que aún no habían entrado en la adolescencia arriesgaban su pellejo para emular al futbolista del momento, esquivando puntiagudas jeringuillas. Su portal desembocaba en la Piazza Guiseppe Garibaldi con el bar Bianco en un costado, donde tomaba cervezas en épocas de asueto, y en cuyo almacén se fructificaba la limpieza del sucio dinero proveniente de la droga..., de ahí la ironía de su nombre. Por supuesto, estos movimientos se encontraban orquestados desde dos calles en dirección norte, donde la mafia milanesa organizaba el tejemaneje desde su escondrijo en edificios, en apariencia a medio derruir, pero con pantallas de plasma de 60 pulgadas en el salón. Bajo estas circunstancias y con la sombra permanente de su hermano pequeño atravesado por una bala perdida en un tiroteo entre clanes rivales que peleaban por una bolsa enrasada con el polvo blanco de la ruina, Paolo y sus padres luchaban en el día a día por alcanzar un futuro alejado de esa vida para el adolescente.

El rítmico sonido de la lluvia precipitándose sobre el maltrecho asfalto mantenía embobado a Paolo, quien no se percató que el timbre del teléfono había dejado de molestar. De pronto, un grito lo apartó del divino instante de relajación en el que se había sumergido. Raudó, corrió la acristalada puerta para encontrar a su madre con el teléfono en la mano y el rostro níveo. Enseguida, la experiencia del pasado provocó que un mal augurio atravesase su mente como una fría hoja de acero. Unió: papá-fábrica-accidente. Su madre empezó a llorar a la vez que colgaba el auricular del teléfono.

—¿Qué sucede? —preguntó a voces de forma persistente.

—Hijo, ¡lo has conseguido! —le respondió rompiendo las barreras del llanto con un maternal abrazo.

El segundo portero de la Associazione Calcio Milan, que jugaba jornada liguera en tan solo un par de días, se acababa de romper un dedo en un desafortunado incidente doméstico y el titular del filial, su amigo Salvatore, no podía salir de casa por una faringitis mal curada que le traía por la calle de la amargura. El señor del destino que para él estuvo ausente durante toda su existencia y que no volvería aparecer, lo envolvió con nervio en esa llamada. El director deportivo había picado en su puerta, estaba convocado para el partido del fin de semana. Su sueño se había materializado en un sencillo intercambio telefónico, al mismo tiempo que tomaba la salida en una carrera hacia el fracaso.

Los siguientes días los vivió sobre una algodónada nube, entrenamientos, convivencias, convocatorias, periódicos, entrenamientos, convivencias, convocatorias, periódicos. Los sucesos se aglutinaron a una velocidad inasumible para un inmaduro joven aún por destetar. Un par de partidos en la suplencia y el presidente en persona le instó a una convocatoria de prensa, en la que rubricó su primer contrato como profesional. Por fin, en su cuenta corriente empezaron surgir ceros y, en un consenso que no fue preciso consensuar, la familia al completo decidió realizar la mudanza de sus vidas.

Último camión, último viaje para dejar atrás la oscuridad, pero el señor del destino una vez más le dio la espalda. Tenía la mano en la puerta para cerrar para siempre su pasado cuando, frente a sí, se plantó un malnacido aprovechado, que pretendía sacar una última coartada del chico de oro de Satellite. Por supuesto, bajo el precepto de sus jefes, que se encontraban sentados frente a una inmensa pantalla, un par de calles en dirección norte.

—La tele se equivocó —dijo entre risas y señalándolo—, la bala que mató a tu hermano no estaba perdida..., la disparé yo..., pium-pium.

No hubo mayor conversación. Se giró, su vista encontró una máquina de precintar y desde arriba saltó, dejando caer su muscu-

lado peso para asentar un golpe que desgarró a mitad de cuello la carótida. La hoja afilada se hizo paso entre la carne y la rabia que la familia acumulaba, especialmente Gabriella, quien vio marcharse a un hijo en edad de descubrir, descargó a través de la cuchilla de la herramienta. La muerte no fue instantánea, pero Paolo y su familia no se quedaron para presenciarla.

No transcurrieron ni cinco años hasta su fuga, huyendo de un pasado que intentaba olvidar lo antes posible. Al frustrarse su carrera como futbolista profesional, por compañías no deseadas que le persiguieron y una mala gestión de la fama, que a sus 16 años le sobrevino de forma repentina arrasándolo como un huracán. Perdió amigos, pareja y tomó distancia de la familia, decidió romper con todo y cambió de nombre. Paolo Rendry pasó a llamarse Óscar Torres. Abandonó su país natal y puso kilómetros de distancia partiendo hacia España. El recién nombrado Óscar se hacía entender sin problemas en su nuevo país, manejaba la lengua de Cervantes sin dificultad, gracias a las clases gratuitas de español que una novia sevillana, entre besos robados y sonrisas perdidas, le había concedido gustosa durante un par de veranos en la costa Amalfitana. Jamás volvió a saber nada de su elegante educadora de ojos azules y perfilados labios.

Se encontraba solo en la inmensa capital, sin familia, ni amigos y en más de una ocasión estuvo tentado de regresar con el rabo entre las piernas, pero su orgullo lo hizo permanecer y comenzó a impartir clases de entrenamiento personal, gracias a la formación en educación física que había adquirido durante su época en Milán. Por casualidad, o destino, conoció a Alejandro Álvarez, quien lo contrató para impartir dos clases semanales de yoga a los trabajadores de su empresa, bajo la premisa:

—He leído en un reportaje en *The New York Times* que el yoga puede aumentar la productividad un diez por ciento, ¿tú tienes que ser mi diez por ciento!

Pasados unos meses, la curva de productividad de la farmacéutica se mantenía plana, pero el personal de la empresa se encontra-

ba encantado con la actividad. Especialmente la sección femenina y parte de la masculina, a quien ver a Óscar pasearse por la oficina varios días a la semana y escuchar su sensual verborrea italiana les hacía más llevaderas las jornadas. Por lo tanto, Alejandro decidió aumentarle el sueldo a cambio de que visitase un par de horas a su mujer, que se aburría soberanamente en casa sin un entretenimiento. «De esta forma, mato dos pájaros de un tiro, mantengo entretenida a Lúa y consigo más tiempo para dedicar al negocio».

Dicho y hecho.

Tan solo 15 minutos de entrenamiento, Óscar se sentía agotado de escuchar las constantes insinuaciones de la mujer de su jefe.

—Vamos, Lúa, llevamos rodillas al pecho durante 30 segundos y repetimos el ejercicio cuatro veces.

—No soy capaz de coordinarme, ven, acércate. Ayúdame.

—Lúa, nos conocemos, vamos a llevarnos bien —replicó en un esfuerzo por imponerse.

Ella no atendía a las súplicas del entrenador. Tomó el móvil de última generación, protegido por una linda funda rosa de conejito, para enredar en su pantalla.

—Por favor, vamos a hacer los ejercicios —imploró de forma lastimosa.

—Te aseguro que es mucho más interesante lo que tengo en el móvil —reveló con un fugaz guiño de ojo.

—No lo dudo, pero dejémoslo para después.

—¿Estás seguro que no quieres ver lo que hay en mi pantalla?

—*Per favore...* —suplicó tirando de su lengua materna por la desesperación, al tiempo que levantaba las manos en posición de oración.

Haciendo caso omiso a los constantes intentos del joven por regresar al entrenamiento matutino, se acercó al chico mordiéndose visiblemente la lengua y esbozando una picara, lasciva e indisimulada sonrisa.

—Mira, estas fotos me las hice esta misma mañana en la ducha —anunció una vez a su altura, a pesar de conocer la mentira.

Mostró una foto que había tomado unos días atrás, en la que se le veía disfrutando de un gustoso baño de agua caliente a la luz de las velas. Aparecían sus largas piernas cubiertas por una abundante espuma que le envolvía de forma muy escasa.

—Te veo decepcionado —señaló con una sonrisa de oreja a oreja—. No te vengas abajo..., las tengo mejores —explicó haciendo descender la pantalla por la galería de imágenes rápidamente hasta mostrar una nueva.

En esta ocasión no había nada que la cubriese, aparecía como su madre la trajo el mundo, pero dotada de una enfática hermosura. Sentada en un pequeño taburete blanco frente al espejo del cuarto de baño, con los pechos al descubierto perfectamente dorados por la luz ultravioleta, cruzaba las piernas a la altura de los tobillos, lo que provocaba la separación de sus rodillas. Tan solo una de sus manos apoyadas sobre la banqueta, resguardando un monte de Venus que podía intuirse completamente rasurado, impedía ver su interior. Óscar Torres notó un calor que ascendía por la espalda, haciéndole enrojecer sus jóvenes mejillas.

—¿Te ruborizas? —jugueteeó Lúa—. Si tú esto lo tienes más que visto y lamido, o... ¿acaso quieres repetir?

—Vale, Lúa, se acabó, o volvemos al entrenamiento o me marcho.

—Está bien, caballero, no se enfade —entonó con sorna, disminuyendo el acoso—. Mira, para que no te molestes, esta foto te la regalo.

Acto seguido sonó el teléfono de Óscar. Acababa de recibir un mensaje.

Los siguientes cinco minutos de ejercicios trascurrieron sin apenas mediar palabra entre ambos. Lúa Álvarez, con un top que tapaba de forma muy escasa sus pechos y unas mallas un par de tallas más pequeñas de lo que debieran, había comenzado a sudar, lo cual le hacía aún más tentadora. Lo sabía, notaba como Óscar

perdía el control de su vista al darse la vuelta, esto aumentaba la fuerza de sus embestidas, que regresaron a los pocos segundos.

—Pasemos a los ejercicios de suelo... ¿Qué tal unas abdominales?

Agotado, y deseando que transcurriesen los 20 minutos que restaban, accedió.

—De acuerdo, pero vamos a centrarnos, la hora está llegando a su fin.

Se sentaron sobre unas esterillas, uno frente al otro con las piernas entrelazadas. Óscar realizó las repeticiones de los ejercicios que previamente había explicado, con la intención de que Lúa lo imitase, pero ella prefirió mirarlo mientras sentía su excitación crecer exponencialmente. Cansada de esperar, en la tercera serie, se lanzó sobre él montándose a horcajadas sobre su cintura, sin mediar palabra.

—*Signora, no per favore...*

Ignorándolo, lamió su cuello y acarició su espalda una y otra vez, sintiendo la piel erizada en su lengua. Óscar intentó sacársela de encima, en tanto ella apretaba más la pelvis contra su pene, con una sincronía propia de una melodía cíclica y constante. La resistencia iba perdiendo fuerza lentamente a medida que la partitura avanzaba y, en su mente se indujo la idea de que esa guerra estaba perdida, dejándose llevar y respondiendo a las arremetidas con sutiles besos sobre el hombro. Ella, sabiéndose ganadora, se apartó para suavemente descender la mano por su torso hasta introducirla en el interior del pantalón. La sinfonía se volvió altiva, la eclosión del momento estaba a punto de llegar. Agarró el pene con fuerza y le susurró al oído:

—Ahora es cuando vas a sudar.

Óscar había cedido por completo. Relajó las piernas, cerró los ojos y se tumbó mientras ella besaba su vientre para dejarse arrasar por la alternancia de las semicorcheas. Estaba a punto de perder los pantalones, que ya tenía a la altura de las rodillas, cuando de repente se escuchó el pestillo de la puerta deslizarse. Acto seguido,

unos segundos de silencio y, tras ellos, un hilo de luz atravesó al interior.

—¿Lunita? —preguntaron desde la entrada cariñosamente.

Ambos saltaron como un resorte y pusieron distancia entre ellos. Lúa enseguida reconoció la voz, y le dio gracias al bendito cruce de poleas que impedía que su marido los viese retozando en el suelo del gimnasio, al mismo tiempo que le excitaba saber que, por un instante, estuvo en la puerta mientras ella desnudaba a otro hombre.

—Hola, cariño, ¿qué haces aquí? —respondió ella tras la máquina del gimnasio, adecentándose la camiseta que dejaba entrever uno de sus pezones.

—No me siento bien, creo que tengo algo de fiebre, por lo que esta tarde trabajaré desde casa —explicó Alejandro Álvarez acercándose al encuentro de su esposa.

—¿No me digas, Álex? Ahora mismo le digo a Fernanda que te prepare leche caliente y un paracetamol —añadió dócilmente saliendo de su escondite para besar a su marido.

—Luna, necesito de tus mimos —apuntó Alejandro haciendo pucheros mientras la abraza—. ¡Hombre, mi diez por ciento! ¿Qué tal estás, tienes mala cara? —preguntó al descubrir a Óscar en el suelo con el rostro indiscutiblemente pálido.

—Bien, señor, ya me marchaba —respondió apretando la mano de su jefe aún con temblores en las piernas. Con la cabeza gacha, salió del gimnasio pensando en la supremacía que constantemente ejercía la señora sobre él y, en como, por enésima vez, había jugado con él hasta hacerlo sentir sucio. Óscar Torres cerró la puerta del gimnasio, se maldijo por haber caído en la trampa y se juró a sí mismo que muy pronto la haría sufrir.

La venganza es paciente, no tiene prisa.

Mochila con un sándwich y una botella de agua, un bollo relleno de chocolate y sus inherentes toallitas húmedas, protector solar, muda de repuesto para esperables manchas inoportunas y los inseparables superhéroes plásticos, Spiderman y Hulk. Cuando Edna Quezada creía no olvidar nada, cerró la puerta de casa y se dispuso a caminar con el pequeño en brazos. Quince minutos les restaban andando hasta el autobús que, tras una hora larga de trayecto y dos trasbordos, le permitiría encontrarse a tan solo cinco minutos a pie del parque de San Juan Bosco.

«¿Por qué accedo cada día a cruzar por completo la ciudad? Tiene un chófer, criadas y no se ha dignado ni tan siquiera a sugerir encontrarnos a mitad de camino para pasear a los niños», pensó bajo el sol que los achicharraba, incidiendo directamente sobre sus cabezas. Observó aparecer el autobús que avanzaba con parsimonia por la avenida obligándola a apartar los pensamientos negativos.

Ambos subieron al 79, que enlazando con el 203, les permitía cruzar Madrid de sur a norte y les daba la posibilidad de llegar hasta el parque de San Juan Bosco, sin necesidad de encerrarse en diferentes trenes subterráneos, lo cual, cargada con Adrián, y los avíos que su hijo precisaba, era una enorme fortuna.

—Buenas tardes, Enrique.

—Hola, Ed, ¿qué tal estáis?

—Con mucho calor —explicó dejando a Adrián en el suelo para poder picar el abono de transporte.

—Ya sabes..., si en mayo llueve y hace calor, todo el campo es un color. Ahora solo falta que llueva —dijo sonriendo el conductor a la vez que echaba una ojeada por el retrovisor—. Atrás tienes libre tu sitio.

—¡Gracias!

Sentó al niño en el primer asiento más allá de la puerta trasera, pegado a la ventanilla. Colgó los bártulos del pequeño sobre la barra de sujeción, lo que le permitía liberarse del incordio de los bultos durante la travesía. Extrajo el iPad y reprodujo *La patrulla canina* en bucle. «Benditas tecnologías», pensó cediéndosela a Adrián que ya había repetido 15 veces «¡Quiero dibujos!» y tan solo llevaban algo más de minuto y medio de trayecto. Una vez ausente en la pantalla, rebuscó su móvil en el bolso y acomodando la espalda a la espera de los baches que estaban por venir, comenzó a chatear:

—¡Hola, guapo!

—*Ciao*, pequeña, ¿qué tal?

Únicamente había intercambiado dos mensajes y ya mostraba al mundo una bobalicona sonrisa que embellecía sus signos de cansancio.

—En el 79, camino del parque.

—¡Qué bien! Yo voy a intentar descansar diez minutos. Estoy muerto.

—¿Por qué me desplazo, un día tras otro, hasta un sitio tan lejano y nunca quedamos en mi barrio?

—Es detestable. Un día pagará por cómo nos trata.

—El error es mío, por no plantear alternativa.

—No te culpes. Tiene todas las facilidades y jamás presta ayuda. ¿A qué hora has quedado en el parque?

—A las cinco, pero mejor, cambiemos el tema de conversación. Tengo un día de mierda, dime algo bonito.

—Me apetece mucho alegrarte el día, ¿por qué no te pasas a verme luego?

—Viene Adrián conmigo.

—Déjalo en casa de tu prima, casi te cae de camino.

—Emm..., no sé, convénceme.

Acto seguido se interrumpió el intercambio de mensajes de forma brusca. El autobús pasaba por un túnel y las líneas que mostraban el nivel de cobertura habían desaparecido.

—Joder —gimió más alto de la cuenta, observando como gran parte del autobús se giró para mirarla y enrojecer sus mejillas.

El túnel se acabó, pero la señal no regresaba. Consumida por el ajetreo del día a día, bloqueó el terminal, abrazó a Adrián, quien empezaba a tener la piel erizada por el aire acondicionado y adoptó una postura que le permitiría ser acogida por los brazos de Morfeo en tan solo unos segundos. Cerró los ojos al mismo ritmo que los labios se separaban inconscientemente, enseñando a los compañeros de viaje su enrojida garganta, e incluso les concedió la melodía aportada por vergonzosos sonidos oníricos. Su conciencia descarriló con el traqueteo de las ruedas hasta que, repentinamente, algo le sobresaltó. Medio adormilada, entreabrió los ojos y, con la mirada aún perdida, intentó descubrir lo sucedido. En ese instante sintió una vibración en su pierna y recordó la conversación de WhatsApp. Una insinuante imagen de su atractivo emisor, con el musculado torso al descubierto y tumbado sobre el sofá con cara de deseo, le hizo sonreír. Los siguientes mensajes surgieron en el chat de forma continua.

—¿Suficiente para que pases a verme?... ¿Pequeña?... No respondes, por lo que me voy a dormir, si puedes venir, avísame.

Edna Quezada sabía que era tarde, a pesar de lo cual contestó sin esperar réplica.

—Imposible negarme. Sobre las ocho, después del paseo, me acerco a verte.

De nuevo bloqueó el móvil y contempló a su hijo, quien continuaba absorto en aquellos perritos de dibujos, sin escucharlos.

«Aún me quedan 30 minutos para descansar».

Cerró los ojos y, de nuevo, se dejó llevar.

Con un ajustado pantalón vaquero y una blusa blanca que permitía intuir su ropa interior, abrió con sigilo la puerta del dormitorio para comprobar cómo se encontraba su marido. Miró por una pequeña rendija y lo pudo ver, con el ordenador sobre el pecho y tumbado en la cama, exhausto y dormido por la fiebre. Compasiva, retiró el portátil, apagó el aire acondicionado, a pesar del calor que hacía en el exterior y de las gotas de sudor que corrían por la frente de Alejandro y, después de bajar las persianas, cerró la puerta con cautela.

—Fernanda, prepare a Sofí, en cinco minutos salimos dirección al parque.

—Por supuesto, señora, ¿quiere que le diga a Didier que tenga listo el coche o prefiere caminar?

—¿Con este calor? Ni loca.

—Ahora mismo me encargo de todo.

—Por cierto, el señor está enfermo, que nadie lo moleste. Cocínele un caldo de pescado para esta noche.

—Por supuesto, y... ¿usted qué desea?

—Cenaré una ensalada de marisco y tenga lista la habitación de invitados, dormiré sola —ordenó finalmente a la vez que desaparecía de la escena, enfilando la puerta del vestidor, sin dar opción de réplica a su asalariada.

Cinco minutos exactos y Lúa Álvarez disponía del vehículo arrancado en el jardín, a Sofía dentro sentada en la sillita perfectamente asegurada y una mochila con todo lo necesario en el asiento del medio. El aire acondicionado a 22 grados en modo brisa, las noticias del mediodía descargadas en un *podcast* y reproduciéndose por los altavoces. Por supuesto, Didier Vien, su chófer personal, escogido por su marido en un congreso farmacéutico en París,

cuya contratación fue la sorpresa que Alejandro organizó a Lúa en la Navidad de hace ya algún año, sujetando la puerta con un traje negro impoluto, la corbata del mismo color sobre una camisa blanca y la pose de adonis que hacía saltar por los aires su escasa compostura.

Tan solo serían unos minutos los que compartirían habitáculo hasta llegar al parque, tiempo más que suficiente para que Lúa acribillase con lascivas afirmaciones al sumiso conductor.

—¿Te gustó la foto de anoche?

—Señora, estaba usted muy elegante, pero creo que no es correcto —respondió pudoroso evitando entrar en su juego.

—¿Te tocaste viéndola?

—*Mon Dieu!* Por supuesto que no, señora.

—¿Acaso no disfrutas con mi cuerpo al desnudo?

—Aun así, prefiero que no me envíe ese tipo de imágenes.

—Hoy te toca a ti, Didier —ordenó aportando cierta melodía de burla a la frase—. Espero recibir una tuya, quiero ver qué escondes debajo de ese traje —retó Lúa comprometiendo a su chófer—. Estoy segura de que los gabachos sois aún más de lo que aparentáis.

—Hemos llegado, señora —zanjó con un envolvente acento francés—. Voy a aparcar, ¿desea que le acompañe para llevar las cosas de la señorita como siempre?

—Por supuesto, nos escoltas hasta la estatua y, después, una vez encontremos a Ed, regresas al coche y esperas mi llamada —afirmó con voz autoritaria.

—Perfecto, señora.

Lúa Álvarez no tenía pensado cargar con la mochila de su hija, ni por supuesto con Sofía, pero tampoco consentía que Didier Vien merodease a su alrededor, evitando que cualquiera de los seductores padres, solteros o casados, que a esa hora paseaban a sus hijos, se acerquen a su amiga y a ella misma para coquetear.

Se adentraron en el parque agradeciendo la sombra que los frondosos árboles de hoja perenne proyectaban sobre la infinidad

de caminos que penetraban en el conocido pulmón verde de la ciudad, que tenía un mismo punto de unión en la estatua de San Juan Bosco. De pronto, entre los árboles, Lúa alcanzó a ver el chico de bronce que el santo abrazaba indicándole la dirección hacia el colegio Salesiano. «Si este hombre hablase...», pensó rememorando alguna noche de no hace tanto, mientras la pequeña y el conductor seguían sus pasos a una distancia prudencial.

—Didier, adelántate y busca a Ed, ya sabes que me mareo entre la muchedumbre.

—Por supuesto, señora.

En cuanto llegó a la plaza gobernada por la representación, el chófer levantó la mano y le mostró a su amiga, con el pequeño Adrián y Sofía correteando de un lado para el otro.

—¡Ed!, qué calor, chica —lamentó dando dos besos a su amiga.

—Llegas media hora tarde y estás a tan solo cinco minutos de tu casa —suplicó Edna señalando su reloj con la mano derecha a modo de queja.

—Didier, puedes marcharte. Ten el móvil encima, te avisaremos antes de irnos —concretó sin hacer caso a los lamentos de su amiga—. Bueno, Ed, cuéntame, ¿qué tal con tu *follamigo* desconocido?

—Ya te he dicho una y mil veces que es un invento tuyo —respondió asqueada por el inicio de la conversación.

—Estoy segura de que sí, tienes el cutis diferente y la sonrisa imborrable que solo provoca el buen sexo.

Ambas tomaron asiento en un banco de madera mal pintado de verde, protegidas por la sombra, mientras sus hijos jugaban entre el bullicio de carritos, *runners* y un gentío que aprovechaba las primeras horas de la tarde para caminar. Ambas se centraron en una interesante tertulia en la que despellejaron a todo ser vivo, desde famosos hasta compañeros del instituto y, por supuesto, pasando por políticos o gente de actualidad. La conversación tenía un cariz tan atrayente para ambas que, prácticamente, olvidaron el motivo por el que habían ido hasta el parque: pasear a sus hijos. Los per-

dieron de vista. Tras media hora de plática amarillista, Edna miró el reloj.

—¡Qué tarde! Ya es hora de merendar —señaló buscando con la mirada a su hijo quien se encontraba a unos pasos, en el suelo, completamente solo, jugando a una batalla que Spiderman parecía ganarle a Hulk—. ¿Dónde está Sofía? —preguntó a su amiga quien, embelesada, observaba como un interesante padre daba de comer a su bebé.

—¿Sofí? —preguntó al aire atropellada. De un salto se puso en pie tirando su móvil al suelo—. ¡Mi niña!

—Tranquila, no debe andar muy lejos. Busquemos alrededor de la estatua —puntualizó en un intento de poner calma, cogiendo en brazos a Adrián y su mochila.

Los tres comenzaron a recorrer el ficticio camino que la cría podía haber realizado en torno a la figura, de voz en grito. Preguntaron a diestro y siniestro. Tres eran los minutos que llevaban escudriñando la plaza cuando las primeras lágrimas de desesperación y miedo brotaron en la cara de Lúa. Su amiga, enternecida, le abrazó mientras continuaban buscando a la pequeña. Tras cinco minutos, no soportó la agonía y aconsejada por Edna, desbloqueó el móvil para llamar a la Policía, pero, en ese mismo instante, como una aparición, germinó de entre los arbustos la pequeña que corría hacia su madre con una enorme carcajada, unos papeles en la mano y chillando, con una exagerada nitidez para su edad:

—Mamá *chochete*, mamá *chochete*...

Rauda se abalanzó sobre su hija levantándola hasta abrazarla sin conciencia. La alegría en forma de llanto, la sensación de sosiego, la calma que la inundó la mantuvo obnubilada entre los brazos de Sofía, abstrayéndola del mundo que le rodeaba. El tiempo le permitió superar el instante de miedo y las quejas de la pequeña le obligaron a separarse de ella. Al tomar distancia se percató de las fotos que la niña portaba en su pequeña mano y que habían volado hasta el albero con la fiereza del abrazo. Ambas miraron hacia abajo y la cara de Lúa tornó en blanco marfil. Unas náuseas hicieron

acto de presencia e incluso tuvo que agarrarse al brazo de su amiga para no desplomarse. Desparramadas por el suelo, observaron las cinco instantáneas en las que Lúa Álvarez aparecía completamente desnuda, en algunas sola y masturbándose, en otras acompañadas con diferentes hombres que la penetran e incluso, en una de ellas, aparecía su cara en primer plano realizando una felación a un hombre de color. Debido al duro impacto de las instantáneas envueltas en tierra, no se habían percatado de que junto a las fotos se encontraba un folio escrito a ordenador con una sencilla frase:

Qué bello convertirse en eterna.